

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, MARZO 1º DE 1874.

{ NUM. 55.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL CEMENTERIO DE ALDEA.

M. de Vandermont, un juez de los mas distinguidos de Paris, unia á las prendas de un magistrado íntegro é ilustrado, unas nociones científicas que le ganaban el afecto y honras de todos. De cuantos dones le habia colmado la fortuna, el mas grato y querido era el fruto de un dichoso enlace que llenaba de embeleso toda su vida. Nisa agregaba á las gracias de su madre, de quien era viva imágen, el sonido de voz penetrante, igualdad de genio, y mas particularmente la persuasiva urbanidad que se advertia en M. de Vandermont. A tantas prendas naturales de Nisa daban nuevo realce todos los beneficios de una educacion muy culta y sobresaliente. Todo, en una palabra, se hallaba reunido al parecer en esta doncella, para que cuantos la viesan una vez aprobasen el sumo cariño con que la miraba su padre.

Nisa habia ido á pasar con su madre una parte de la primavera en Dijon, en casa de un tio de su padre, sábio respetable, que reunia diariamente al lado suyo á los sugetos mas instruidos de aquella

ciudad, tan fecunda en grandes hombres. En aquellas concurrencias compuestas de sábios y sofistas, se suscitaban frecuentemente disputas sobre la inmortalidad del alma. Estas controversias hicieron viva impresion en la imaginacion ardiente de Nisa, que no estando ya bajo el patrocinio paternal, acabó de viciar su ánimo con la lectura de muchos libros que ella tomaba indistintamente en la librería de su segundo tio.

Luego que Nisa estuvo de vuelta en Paris, medio echó de ver M. de Vandermont que su hija se habia vuelto sistemática, y hacia de incrédula. Disimuló por algun tiempo, y quiso asegurarse desde luego de esta extraña mudanza.

Un dia en que recorrian juntos las inmediaciones de Paris, M. de Vandermont hizo recaer con arte la conversacion sobre la necesidad de vivir en este mundo de un modo que nos haga bienaventurados en el otro. Nisa, extraviada enteramente con las falsas impresiones que tenia recibidas, confesó francamente á su padre que ella creía que todo perecia con nosotros; que nada quedaba de esta criatura, obra maestra del Criador; y que en virtud de esta verdad éramos bien necios de imponernos privaciones, de temer en otro mundo el castigo de lo malo, ó esperar el premio de lo bueno que habia-

mos hecho en este. Ultimamente, la jóven filósofa se declaró materialista.

M. de Vandermont, guardando prudentemente en su pecho cuanto mal le causaba su hija con semejante error, comenzó citándole millares de hechos tomados en la naturaleza, comprobados por la historia, y referidos por los hombres mas ilustrados de todos los siglos; la hizo considerar en seguida todos los desastres y trastornos que aquel sistema acarrearía en el orden social; y sin echar mano de las armas que la moral y la religion le ofrecian sobre este particular, se ciñó á pintar á Nisa la serenidad del inocente que muere injustamente, la paciencia y resignacion del infeliz que está padeciendo, la consoladora esperanza de incorporarnos despues de muertos con lo que nos fué tan querido en la tierra; finalmente, aquel dulce é inestimable galardón de nuestras virtudes, y aquella seguridad de gozar en la otra vida del honroso recuerdo que dejamos tras nosotros. «Crees acaso, Nisa mia, continuaba su padre, que si algun dia pudieras decir: *mi padre fué un magistrado sin tacha, supo resistir al oro de la opulencia, y á las amenazas del hombre poderoso, y me glorió de ser hija suya.....* crees, repito, que no resonarian estas palabras hasta en el fondo de mi sepulcro, y que no temblarian con ellas de gozo mis

regocijados manes? Luego no parece todo nuestro sér.....»

Cuando iban platicando en esta fornia, llevólos su paseo á la vista de un cementerio de una aldea, cuyo aspecto les hizo discurrir que cuidaban de él con algun esmero. Acababan de revocarse sus paredes, por encima de las cuales sobresalian las cimas de varios cipreses y sauces. La entrada estaba adornada con un bajo relieve de mármol blanco, en que se representaba el Tiempo, cuya implacable guadaña abatía indistintamente la humilde violeta y el soberbio cedro; leyéndose esta inscripcion al pié: «*Nada se le escapa.*» Una reja pintada de negro, y tras la cual estaba acomodada una puerta doble de madera del mismo color, impedía á toda vista profana turbar el reposo de esta mansion respetable, y al parecer no permitía entrar sino á los que veneran las cenizas de los muertos. Habia en su recinto un plantío de álamos blancos, que con su manso bamboleo y fresco sombrío anunciaban que una eterna paz reinaba allí. En una palabra, toda la exterioridad de esta última morada de los mortales picaba la curiosidad, al mismo tiempo que el mas vivo deseo de conocer su interior.

Asombrados padre é hija de hallar en medio de una simple aldea un sitio de reposo dispuesto con tanta habilidad, miéntras que los mas de la capital son indignos de las veneradas reliquias que ellos encierran, se informaron sobre quién era al que la humanidad era deudora de este último obsequio. Supieron que este antiguo cementerio, expuesto por mucho tiempo, como otros infinitos, á la profanacion pública, habia mudado de forma y de culto, por decirlo así, á la muerte de la jóven y hermosa Stela, hija de M. de Claris, dueño del palacio de la aldea. Desde que este tierno padre habia perdido aquella esperanza única de su vejez, se habia constituido custodio y cultivador del pedazo de tierra en que su hija reposaba; habia construido con sus propias manos el sepulcro de este ángel de dulzura y hermosura, del que no se habia separado ni un dia hacia seis años. Todas las mañanas, despues de haber tomado su comida única del dia, venía á pasarlo en este sitio, depositario de todos sus afectos; le adornaba con flores y arbustos, ponía en cada nuevo sepulcro aquella inscripcion que podia dar una justa idea de lo que él encerraba, y no se volvía al palacio hasta despues de ponerse el sol, llevando en la mano una flor cogida en la tumba de su hija, y con todas las apariencias de dichoso por haber pasado todo el dia al lado de su hija.

Estas noticias excitaron en tanto grado el asombro de M. de Vandermont y Nisa, que quisieron conocer este monumento del amor paternal. Mandaron preguntar á M. de Claris si queria dar licencia para que dos forasteros, atraídos por la exterioridad de este asilo insinuante de la paz, entrasen á recorrerlo. Abrióse al punto la doble puerta; un criado anciano, vestido de negro, se presentó en la reja, y preguntó á M. de Vandermont cómo se llamaba. Este agregó á su nombre el título de magistrado, anunció que estaba con su hija; y de allí á un instante fueron introducidos ambos en aquel Eliseo, cuya cultura y emblemas probaban hasta qué grado es ingenioso el dolor, y lo que la memoria de una criatura amada puede en un pecho tierno. Cuanto el arte y la naturaleza pueden producir de plantas raras, variadas flores y olorosos arbustos, todo se hallaba reunido en este lugar de reposo. Las paredes estaban cubiertas de un verdor perpétuo; una fuente de agua pura se deslizaba por medio de diversos chaparros de rosales, y formaba un arroyo cristalino, que iba serpenteando y ocultándose por trechos de la vista, para lisonjearla mas todavía. Hubiera tomado uno al primer aspecto este campo de reposo por un cuadro de jardin esmaltado con los mas ricos colores; y no podia imaginarse que se encubriesen allí la palidez de la muerte, el llanto y los pesares.

En medio de este cementerio se elevaba un primoroso retiro, cuyo interior formaba una capilla en que cualquiera podia hacer oracion. De ella salió al punto M. de Claris, y abocándose con los dos forasteros, les dijo con la mas insinuante expresion:

«Vienen vdes. á visitar mis sombras queridas, ¡sean bien venidos!—Es un padre dichoso, y ufano de serlo, respondió M. de Vandermont, que duda todavía, caballero, y solo temblando se atreve á presentarse con su hija á vd.—Lo fuí como vd., respondió M. de Claris con turbada voz; y cuanto puede realzar el título de padre, otro tanto habia reunido la naturaleza en mi amada Stela..... Ahora está viendo vd. cuanto me queda de ella.....» A estas palabras les señaló una tumba de mármol azul turquí, en cuya delantera se descubria una estrella de oro. Esta tumba, hecha por el modelo de la antigua, estaba cercada de una hilera de rosales blancos, cuyas enlazadas ramas formaban en aquella época sobre el monumento un emparrado de rosas, bajo las cuales se leía este epitafio:

HIC
UNA EX NOBIS
CECIDIT.

«Una de nosotras cayó aquí.»

Al rededor de estas ingeniosas alegorías habia diversos chaparros de lilas y madreselvas, que caían á modo de bóveda sobre un asiento de césped colocado en frente de la estrella dorada. Cerca de allí corria una fuente que vivificaba las flores de toda especie, cuya fragancia se percibia en esta soledad deliciosa. «Sobre ese asiento, dijo M. de Claris, vengo á descansar del cultivo de este Eliseo, en el que, contemplando esa estrella dorada que brilla sobre el azul, creo ver á mi Stela subir al cielo, y hacer sobresalir allí el lustre de sus virtudes y gracias. Una curruca, acostumbrada á este bosquecillo, viene con mucha frecuencia á hacerla resonar con sus cánticos: creo oír entónces la hechicera voz de mi Stela; alargo los brazos, y discurro abrazarla..... Pero es demasiado el ocupar á vdes. con mis pesares, continuó M. de Claris; vengan, y recorramos juntos los monumentos que este asilo encierra.—Dénos vd. licencia, le dijo M. de Vandermont, para no dejar este santuario del amor paternal sin rendir nuestros obsequios particulares á los manes de la bella Stela.....» Al proferir estas palabras cogió un ramo de ciprés, mirando á su hija, y le puso sobre la tumba. Asombrada y conmovida Nisa, toma luego una rosa blanca en el bosquecillo, y se apresura á unirlo con la ofrenda de su padre.

Se apartaron, clavados por mucho tiempo los ojos sobre este rico monumento, y siguieron á M. de Claris, quien los condujo por medio de un centeno en flor, en cuyo centro habia una choza llena de todos los atributos de la agricultura. Sobre una reja de arado, que dominaba este trofeo rústico, se leían estas palabras, cuyas letras estaban formadas con espigas de trigo:

«Desmontó por sí solo doscientas yugadas de tierra.»

«Ahí descansa, dijo M. de Claris, un antiguo arrendatario mio. Despues de haber desecado un estanque considerable unido á mi heredad, lo cultivó y dobló el valor de su arriendo. Quise dar á su memoria un testimonio público de mi reconocimiento: vengo todos los años en el tiempo de la siega con su numerosa familia, á poner la primera gavilla de trigo que se siega en el inmenso terreno que su paciencia y afanes fertilizaron..... Vengan vdes. por este lado, continuó M. de Claris, señalándoles otra tumba cubierta de verde, sobre la que se elevan dos laureles. Aquí reposan, abrazados entre sí dos hermanos gemelos, nacidos de labradores pobres de esta aldea. Ambos servían en el mismo regimiento, y la afectuosa inclinacion que uno á otro se tenían, habia contribuido para obtener de sus comandantes la licencia de no separarse jamas. Se señalaron con prodigios de valor en las últimas guerras de Alemania. Habiéndose adelantado imprudentemente el mayor para tomar un puesto enemigo, cayeron de repente sobre él doce hulanos. Despues de haber dado en tierra con cuatro, iba á ceder por último al mayor número, cuando descubriéndole su hermano, se arroja á su lado, y despues de la mas porfiada refriega, derrotan ambos hermanos com-

pletamente á los restantes hulanos, y tienen la fortuna de traer una bandera al cuartel general; pero las muchas heridas que habian recibido, no les permitieron sobrevivir á tan gloriosa hazaña, y espiraron, con diferencia uno de otro de una media hora, en la misma cama, y teniéndose continuamente abrazados. Logré de su coronel licencia para hacer trasladar aquí sus respetables cenizas, con la mira de ofrecer á toda la juventud de estos contornos un ejemplar de heroísmo y amor fraternal. Estos dos laureles enlazados presentan su dichoso emblema; y he grabado al pié yo mismo lo que vdes. leen:

«Habiendo nacido juntos ambos, murieron igualmente.»

«Pero, ¿qué es, preguntó Nisa, esa modesta tumba al pié de un sauce, y sobre la cual hay un ramillete de flores frescas?»—Es, respondió M. de Claris, la última morada de una primorosa mujer que poseyó esta aldea en otros tiempos. Cuanto encanto pueden ofrecerla gracia, felicidad de pensamientos y amable genio, con otro tanto habia dotado la naturaleza á esta criatura adorable. Privada por la Providencia de la dicha de llamarse madre, reparó constantemente esta falta, constituyéndose la indulgente y tutelar amiga de la juventud. Su mayor gusto, hasta una avanzadísima edad, fué siempre el de tener á su lado una juguetona turba que le recordaba la primavera de sus años. Tomaba parte en sus juegos, la divertían sus travesurillas, reía de su risa, y formaba, en una palabra, su felicidad de la de los otros. Por lo mismo, acabó su carrera libre de achaques y zozobras. Dejó este mundo sonriéndose, y las últimas palabras que espiraron en sus labios, eran todavía dulces y sinceras..... Se sobrevive aún á sí misma en una sobrina querida, su educanda é hija adoptiva, que viene frecuentemente á conversar sobre su tumba con aquella á la que daba el nombre de su segunda madre. Ella es la que depuso esta mañana ese ramillete, cuya frescura y variedad dan una idea cabal de aquella cuya tumba cubre. El marido de esta sobrina querida compuso este epitafio latino:

NUNQUAM MATER,
AT FLENTES LIBEROS RELIQUIT.

Lo que significa:

«No fué nunca madre,
y dejó sin embargo hijos que la lloran.»

«Supuesto que fué tan amable, dijo Nisa, y amante de la juventud, quiero honrar su memoria y satisfacerle mi deuda.....» Al decir esto, cogió un poco de miñoneta y lo puso sobre la tumba.

(Continuará.)

EL MEJOR AMIGO.

Aquel de quien nunca debemos dudar, el que no nos engaña, no es ingrato, ni sordo á quien lo llama; el que es dulce aun en medio á su rudeza, el que ayuda á los grandes y á los pequeños, llena todos los vacíos del tiempo, y aun del corazon y de la bolsa; el que todo lo compone y sabe consolarlos; aquel que hace rápidas las horas, al mismo tiempo que hace larga y gloriosa la vida mas corta, como lo hizo con Rafael, con Schiller, Mozart y tantos otros que murieron jóvenes, pero cargados de gloria; ese mismo que puede acortar la existencia mas larga, como hizo con Miguel Angel, Ticiano, Goethe, etc.; el que al darnos la razon de nuestro sér ha formado tal cual es el mundo moral é intelectual, haciendo del hombre salvaje y primitivo un hombre social y civilizado, del sér humano, debil y apénas superior á la béstia, el asociado de Dios:

Aquel sin el que no hay obra grande ni pequeña, ni genio ni obrero:

Aquel sin el cual no hay salario que no sea humillacion, ni recompensa que pueda aceptar un hombre de corazon, ni virtud eficaz, ni fuerza útil, ni

razon fecunda, ni luz que caliente é ilumine á la vez, ni satisfaccion legítima, ni conciencia feliz, ni honor y justicia aun en el mas espléndido triunfo:

Aquel sin el cual no hay ante Dios ni ante el hombre verdadera dignidad:

Sin el que no existen ni la generosidad ni la bondad inteligente, pues quien no lo conoce no puede medir lo que vale aquello que recibe:

Aquel que eleva aun á la miseria, haciendo del mas humilde el igual de todos, á los ojos del sábio:

El que redime las faltas:

El que desafía los reveses porque es soberano reparador de las ruinas y reedifica lo que no mereció caer:

El que es, en una palabra, el mayor enemigo del mas cruel de los azotes, de *la ociosidad*, es *el trabajo*.

Sí, el trabajo es tu mejor amigo; «no hay pesar que no disipe,» dijo Montesquieu. No hay inconsistencia de hombres y fortuna que no venza.

Quien quiera que seas, jóven ó viejo, pobre ó rico, debes amar á ese verdadero amigo, y estimarlo mas que á todos los demas.

Si al mirarlo de léjos te amedrenta su austera fisonomía, aproxímate á él sin temor, míralo sin miedo y dime si alguna vez mirada mas firme y dulce respondió á tu pensamiento; dime si hay sonrisa mas franca que la suya; sonrisa que haga comprender á quien la interroga que puede fiarse en él para siempre.

Ahora, hijo mio, pon tu mano juvenil en la suya poderosa, y con el simple contacto de tu debilidad con la fuerza por excelencia, sentirás que tu corazon se robustece como tu brazo.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA XIV.

EL TIO MATEO.

“El verdadero virtuoso no solicita parecerlo. Bástale el testimonio de su conciencia, y esta le recompensa abundantemente de los desprecios de los malos.”

Vamos, hijos míos, esto no va bien. Ayer os he visto haciendo burla del pobre tío Mateo, porque tiene una pierna de palo. No, eso no es bien hecho.

Jamás debéis burlaros de vuestro prójimo, ni echarle en cara las deformidades que Dios ha dispuesto que tenga, porque no son delitos ni pecados. Vosotros estais sanos, robustos, hermosos, y esta es una razon mas para que compadezcáis á los desgraciados. Dios os ha hecho así, y debéis agradecersele. Creedme, hijos, creedme; es cosa odiosa, que merece un severo castigo, reírse de las faltas corporales de nuestros semejantes, ó echarles en cara su deformidad.

Al contrario, debemos compadecer á esas pobres criaturas que merecen nuestra compasion como todos los que son desgraciados. Si son pobres, socorredlos, hijos míos, ayudadlos, pues tienen menos medios de ayudarse á sí mismos, y son infelices entre los infelices. Sean pobres ó no, evitad toda palabra, todo gesto, la mas insignificante alusion que pueda recordarles su desgracia.

Si son vuestros amigos, consoladlos, y procurad con vuestras atenciones que olviden sus defectos, porque, ¿quién sabe si dentro de un pecho saliente y jorobado existe un corazon noble y generoso? ¡Cuántos hombres famosos, honra y prez de las naciones, han sido defectuosos!—Cervantes era manco, Quevedo corto de vista y patizambo, Ruiz de Alarcón corcovado.—¡Cuántos honrados ciudadanos y excelentes padres de familia han sido contrahechos! Y por esta sola razon, ¿deberemos burlarnos y despreciarlos? No, hijos míos, no. Al contrario, debemos honrarlos y estimarlos, porque han sabido hacer olvidar los defectos de su cuerpo con las excelencias de su alma.

Decidme, hijos míos, cuando veis al pobre Gre-

gorio, ese bigotudo veterano de la guerra de la Independencia, sentado en su banquillo, haciendo un cigarro y contando sus campañas, ¿os reís de él? No, seguramente; y sin embargo, también es cojo y además tuerto. Pero ya sabéis que esa pierna y ese ojo los ha perdido con honor en el sitio de Zaragoza, defendiendo su patria invadida por extranjeros. Ahora descansa tranquilo, viendo su país libre y dichoso. Recuerda gratamente sus hazañas, y al verse mutilado, se llena de orgullo, porque sus heridas son el certificado de su valor, y sobre todo, porque esas heridas no fueron hechas por españoles, sino por franceses.

Ha vuelto á Madrid pobre y anciano; pero nunca falta un buen español que, oyéndole contar sus victorias, le ofrezca un vaso de vino y le socorra en sus necesidades.

Y ese pobre Mateo, de quien os reís y burlabais ayer, que os sirvió de mofa..... ¿sabéis vosotros quién es? No, porque si lo supiérais, le honraríais y os quitaríais la gorra con respeto al pasar á su lado. Pues bien, escuchad su historia:

A los diez y ocho años era Mateo un apuesto y gallardo mozo, derecho como un huso, y tenía sus dos piernas buenas y ligeras.

Una noche sintió alboroto en la calle: la campana de la parroquia tocaba á vuelo, y al abrir su balcón vió que una casa inmediata estaba ardiendo.

Con la prontitud con que todos debemos acudir á socorrer á nuestro prójimo afligido, se lanza á la calle para prestar sus servicios á los vecinos angustiados. Entre el tumulto de muchas personas que se afanan por salvar los muebles, serrar las vigas, romper tabiques, etc., Mateo ve una pobre mujer que llora y grita mas fuerte que todos. Su cabeza desgredada, sus ojos que parece salen de sus órbitas, fijos en el tejado de la casa inmediata, y la descompostura total de su figura, le dan un carácter que causa compasion á cuantos la miran.

Es una infeliz á quien acaban de salvar del incendio. Pero, ¿qué es la vida para una madre si su hijo está en peligro? Su hijo dormía en otra pieza de la miserable boardilla cerca de su madre, y los que habian salvado á esta ignoraban que á dos pasos de allí dormía tranquilamente un niño con el dulce sueño de la infancia.

Los que habian salvado á la madre la habian encontrado desmayada del susto que recibiera al verse cercada por las llamas, porque si no, ¿cómo se hubiera salvado una madre sin llevar entre sus brazos al hijo de sus entrañas? No, esto no es posible.

Vosotros, queridos míos, tenéis una madre, vosotros conocéis el amor que os tiene, sabéis lo que hace por vosotros, la tierna solicitud con que os cuida, y vosotros la pagareis este cuidado y este amor cuando seáis grandes, para que con vuestro ejemplo vuestros hijos os imiten y honren vuestra vejez.

Pues bien, vosotros comprendereis el dolor y la angustia de aquella pobre madre al ver que las llamas rodean la pobre boardilla en que se halla dormido, en una cunita de mimbres, su único y querido hijo.

El llanto la ahoga, la desesperacion la enloquece, y no pudiendo hablar, señala con la mano el tejado hecho ya un volcan. Se arrodilla, fija sus espantados ojos en el cielo, rogando sin duda al Todopoderoso, padre de los afligidos. Después abraza las rodillas de un amigo, luego las de un extraño, y haciendo un terrible esfuerzo exclama: ¡Socorro! ¡socorro! que se quema mi hijo, el hijo de mi vida! *Salvadle, salvadle por piedad, por el amor de Dios, por la Virgen de las Angustias.*

Todo el mundo se conmueve.—Pero..... ¿quién se decidirá á salvar la vida de ese niño, exponiendo la suya casi seguro de perderla? ¿Quién devolverá á esa madre infeliz su querido hijo? ¿Quién será ese hombre resuelto y generoso?—¿Quién?..... Mateo.

Sí, hijos míos, Mateo el cojo, ese que os ha servido de mofa, ese de quien os habeis burlado.

El oye á esa madre, la comprende y exclama:—Yo, yo voy á salvarle, y Dios me salvará á mí si lo merezco. Y cogiendo una escalera muy alta, la apoya en el alero del tejado, trepa por ella, y desapare-

ce después entre un foco de llamas y una nube de humo.

—¡Bien! ¡bravo! exclaman todos, que Dios le proteja, que Dios se lo pague; y le encomiendan á la Santa Virgen y á todos los santos.

La desgraciada madre cae de rodillas otra vez, y extiende sus brazos suplicantes hácia el sitio por donde Mateo ha desaparecido.

Con el corazon helado, con los ojos fijos y espantados y un frio sudor en la frente, aquella madre infeliz sufría una horrible ansiedad. Su respiracion contenida, su corazon latiendo con viveza no interrumpida, nada veía, nada escuchaba. Solo el generoso Mateo y su hijo la preocupan en este instante. Un sepulcral silencio reina por todas partes, y solo se oye el chisporroteo de las llamas y el crujir de las vigas ardiendo.

Al fin aparece Mateo en el tejado, con una cunita de mimbres abrazada, y dentro de esta cunita está un niño, que duerme tranquilo todavía.—Un grito general resuena por todas partes.

Sin aturdimiento, con la serenidad del verdadero valor, Mateo habia entrado en la boardilla rodeada por las llamas y próxima á desplomarse. Coger al niño en su misma cuna y sacarle al aire libre, fué obra de un instante.

Pero ¿cómo bajar con la cuna y el niño?..... imposible.

Entonces se le ocurre un medio seguro. Ata la cuna bien fuertemente con una cuerda que encuentra, y después de ponerla doble para mayor seguridad, hace bajar la cuna poco á poco y con cuidado.

Ya podeis figuraros cómo latiría el corazon de la madre, viendo al niño suspendido en el aire, y próximo á las llamas; y con cuánto placer abrazaría á su hijo, al poder cogerle y estrecharle contra su corazon.

Este solo instante de dicha le hace olvidar todos los pasados tormentos. Acaricia al niño con emocion, le besa, le mira, le toca para convencerse de que es él, que está vivo, que está sano. Bendice al Señor Omnipotente, al santo ángel de su guarda, y al hombre generoso que le ha salvado.

Entretanto, Mateo se dispone á bajar por donde subió; pero las llamas le rodean por todas partes, y la escalera que le sirvió para subir está ya ardiendo. Mateo, sin embargo, principia á bajar por ella, pero la escalera se rompe, y Mateo cae y se quiebra una pierna.

Durante su curacion, aquella buena madre no se separó un instante de la cabecera del enfermo; pero tan pobre como él, nada pudo hacer en su favor, y el infeliz quedó arruinado y cojo. Sus amigos le socorrieron la primera semana; pero olvidándole después, solamente le ha quedado su pierna de palo, la memoria de su generosa accion, y la conviccion de su conciencia que le grita sin cesar: *al verdadero virtuoso le basta el serlo; no necesita parecerlo.*

Ahora bien, hijos míos, ¿debereis burlaros del pobre tío Mateo porque ha perdido su pierna en una accion civil, salvando á un niño inocente y devolviéndole á su madre? Burlaos ahora de él si os atreveis. ¡Oh! no. Estoy seguro que desde hoy le respetareis y le honraris como merece.

En castigo de vuestra falta, y como muestra de vuestro arrepentimiento, id, hijos míos, buscadle, quitaos la gorra en su presencia, pedidle perdon sin sonrojarnos, confesadle vuestro error, y dadle algun socorro de vuestras ahuchas.

Tened presente que *si en este mundo no se recibe la recompensa de una buena accion, existe un Dios justiciero y bondadoso, que guarda en la otra vida el verdadero galardón de las buenas obras, que es la bienaventuranza.*

No olvideis nunca, queridos hijos, esta excelente máxima: *«Compadeceid á los que tienen algun defecto físico, y agradeced á Dios el haberlos criado y conservado robustos y perfectos.»*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONducIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO IV.

Del modo de conducirnos en los cuerpos colegiados.

I

El hombre de buena educacion, cuando se encuentra en una asamblea cualquiera, no solo tributa al cuerpo y á cada uno de sus miembros aquellos homenajes que están prescritos por sus particulares estatutos y por las reglas generales de la etiqueta parlamentaria, sino que cuida de no olvidar jamas en ella sus deberes puramente sociales, guardando á sus colegas todos los miramientos y atenciones de que la urbanidad no nos releva en ninguna situacion de la vida.

II

Nada hay que exponga mas al hombre á perder la tranquilidad de su ánimo, y junto con ella la cultura y delicadeza de sus modales, que la contradiccion que experimenta en sus opiniones cuando se empeña en hacerlas triunfar, y cuando sabe que debe someterlas á la decision de una mayoría, que al fin ha de resolver sin necesidad de convencerle.

III

Desde que en tales casos el hombre llega á perder su serenidad, ya no solo se ve arrastrado á faltar á sus colegas á las debidas consideraciones, sino que descendiendo al terreno de las personalidades, irrita los ánimos de los mismos á quienes le importa persuadir, y hace por tanto mas difícil el triunfo de su propia causa.

IV

El que en medio de la discusion lanza invectivas é insultos á sus contrarios, comete ademas una grave falta de respeto á la corporacion entera, y aun á las personas de fuera de ella que puedan hallarse presentes.

V

Mas cuando se ha sostenido una opinion con calma; cuando no se han usado otras armas que las del raciocinio; cuando se ha respetado la dignidad personal y el amor propio de los demas, no solo se han llenado los deberes de la urbanidad, sino que se han empleado los verdaderos medios de producir el convencimiento; é imposible será que de este modo no se alcance el triunfo, si se está en posesion de la verdad y de la justicia, y la buena fé preside á los contrarios.

VI

Es impolítico interrumpir al que habla, con frases é interjecciones de desaprobacion, que en nada contribuyen á ilustrar las cuestiones, y que manifiestan poco respeto á la persona á quien se dirigen y á la corporacion entera.

VII

Para nada se necesita de mayor tacto y delicadeza, que para negar á otro la exactitud de lo que afirma, aun cuando esto haya de hacerse en privado; y así ya puede considerarse cuán corteses no deberán ser los términos que se empleen para hacerlo á presencia de una asamblea, donde toda palabra ofensiva causaria una sensacion profundamente desagradable no solo á la persona á quien se dirigiese, sino á la misma asamblea.

VIII

La difusion en los discursos los hace pesados y fastidiosos, y molestando al auditorio, le distrae de la cuestion con perjuicio del mismo que la sostiene. El que habla debe contraerse á los puntos esenciales del asunto de que trata, sin entrar en digresiones impertinentes, y observando aquellas reglas de la oratoria que dan al discurso método, claridad, concision y energia.

IX

La sátira no está excluida de las discusiones parlamentarias, ántes bien las anima y sazona, y sirviendo de pábulo al interes del auditorio, proporciona al que la emplea la importante ventaja de atraer la atencion que tanto necesita cautivar. Pero no se trata aquí de la sátira cáustica y mordaz, que incendia y divide los ánimos y cierra las puertas á la razon y al convencimiento, sino de la sátira fina y delicada que, dirigida á las cosas y nunca á las personas, aprovecha el elemento de la imaginacion, sin ofender el decoro del cuerpo ni la dignidad del hombre.

X

El que pierde una cuestion debe dar una prueba de cultura y de respeto á la mayoría, manifestándose, si no contento y satisfecho, por lo ménos resignado y tranquilo, y con un continente que revele una alma superior á los sentimientos mezquinos de un necio é impotente orgullo.

XI

En cuanto al que ha triunfado, su conducta debe ser altamente circunspecta, delicada y generosa, evitando cuidadosamente manifestar ningun signo de alegría que pueda mortificar á sus contrarios, y absteniéndose de toda accion ó palabra que haya de interpretarse como un innoble abuso de su triunfo.

Las piedras de mármol.

(FABULA.)

En el fondo de un pozo
Lleno de tierra y agua,
Decia así una piedra
De mármol de Carrara:

«Por mí los de allá arriba
Fueron un día á Italia,
Y ahora que aquí me tienen,
Nadie de aquí me saca.

¿Por qué, valiendo tanto
Para hacer una estatua,
Sumida aquí me dejan
Los que ántes me buscaban?»

—«Ay! contesta otra piedra:
Lo mismo á mí me pasa;
¿Mas quién sabe que estamos
Las dos aquí enterradas?»

El mérito es gran cosa;
Mas si se oculta y calla,
¿Quién quieres que lo aprecie,
Por mucho al fin que valga?»—

*Bueno es tener modestia,
Muy bueno; mas no tanta,
Que ocultos siempre estemos
Del mundo á las miradas.*

*Quien algo valer crea,
No esconda así la cara:
¿De qué le sirve al mérito
Arrinconarse en casa?*

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Como la razon crece con los años, deben los padres instruir á sus hijos en sus deberes con respecto á Dios, á sí mismos y á sus semejantes; hacerles ver el castigo del vicio y la recompensa de la virtud, para que no resbalen y caigan en la inmoralidad.

Sobre todo, los padres deben suministrar á los niños su buen ejemplo.

Porque los niños son como la yesca, que prontamente absorbe el fuego.

La tendencia al mal, existe siempre; y si los padres la fomentan con su mal ejemplo, el resultado será una vida desordenada y desagradable á Dios.

Si los padres son irreligiosos y viciosos, pronto seguirán los hijos su mismo camino.

Deben ser castigados los niños por todas sus malas acciones, pero evitando con prudencia los dos

extremos igualmente dañosos, el mucho rigor y la demasiada indulgencia.

Porque aquel destruye el amor y esta el temor.

Más que un padre, es un demonio el que niega á sus hijos el alimento y abrigo necesario, ó que pega ó trata con desvío á aquellos que son deformes, lisiados ó imbeciles.

Y aquel que les deja ver un amor loco y necio, destruye todos sus buenos instintos y forma sus malos hábitos.

El término medio es el mejor.

Temprano debe ponerse entre sus manos la Biblia, porque este es el libro que lleva al justo á la prudencia y verdadera sabiduría.—CHRISTIAN BUCHNER.

La primera y mas importante señal de eminentes dotes mentales, es una memoria que adquiere fácilmente, retiene con fidelidad y repite con exactitud.

La segunda señal es la imitacion.

Indica capacidad para ser enseñado, el jóven que trata de repetir lo que ve.

Sin embargo, no se deben fundar grandes esperanzas en el niño que trata de imitar para hacer reir á los demas.

El que realmente tiene talento, es modesto; es preferible un entendimiento pobre á una tendencia viciosa.

La modestia es diversa de la estupidez ó la indolencia.

Cuando se enseñe á un niño inteligente y modesto, aprenderá sin dificultad.

Preguntará con ansia por muchas cosas, pretendiendo mas bien seguir que ser conducido.—QUINTILIANO.

DICHOS Y HECHOS DE NIÑOS.

Se acostumbra celebrar mucho en los niños algun rasgo de agudeza, algun dicho notable ó respuesta que anuncie en ellos una precoz penetracion y una inteligencia prematura. Algunos niños se han distinguido por dichos de esta clase, y la historia, que hace mencion de todo lo que sale del círculo vulgar, nos los ha conservado para que los vayamos trasmitiendo á nuestros lectores.

Habiendo llegado á la edad de doce años Alejandro, llamado despues el Grande, y manifestando grande inclinacion á las cosas de guerra, indicio de su ánimo belicoso, le preguntaron un día qué si disputaria con gusto el premio del certámen olímpico, (pues era veloz en la carrera).—Lo haria con gusto, respondió el muchacho, si fuesen hijos de reyes los que hubiesen de competir conmigo.

Trataba Aristágoras de comprometer á Cleomenes, rey de Lacedemonia, en una guerra contra la Persia. Viendo que á pesar de sus fuertes razones no podia convencerle, le ofreció diez talentos: como estos fuesen rehusados, le propuso quince. Una cantidad tan considerable hubiera apartado al rey de su deber, sin su hija, niña de nueve años, que estaba presente: chocándole la bajeza de Aristágoras, exclamó:—Huid, padre mio, ó este extranjero os va á seducir.—El padre obedeció á la niña y el enviado no obtuvo el resultado que apetecia.

El guisado sin sal.

(FABULA.)

Nadie supo jamas cual supo Bruna
Un guisado arreglar sin gran trabajo,
Con su pimienta y perejil y ajo;
Pero sin sal ninguna.

Notando tal descuido,
Le dijo cierto día su marido:

«¿De qué diantre les sirve á tus guisados
Que así los sepas dar condimentados,
Cuando es patente, y á la vista salta,
Que si les falta sal, todo les falta?»—

Lo mismo yo á mi modo

*Digo del cuento propiamente dicho:
Si le falta la sal, le falta todo.*